

Respecto a esto último es especialmente sugerente el modo como C. Izquierdo presenta los sacramentos como la «visibilización» (p. 118) de los misterios de Dios y de la salvación. «La salvación que Dios realiza no está ligada sin más al espíritu, sino que sigue la misma estructura que la misión temporal del Hijo, que se hizo verdadero hombre, se encarnó y, como hombre, es mediador entre Dios y los hombres» (p. 120). A partir de la encarnación del Hijo de Dios, la vida de los hombres, en su temporalidad y su contingencia, se halla íntimamente entrelazada con las profundidades insondables de la vida divina. De modo admirable el hombre ha sido do-

tado de la capacidad de vivir de cara al Misterio desde la propia «materialidad» de su existencia.

Finalmente, el A. se propone mostrar que la fe no es un límite impuesto a la razón, ni un refugio ante el sin sentido, sino una puerta al misterio íntimo de Dios, «en el que el conocimiento y la vida se ven llevados a dimensiones impensables» (p. 135). Se trata de un libro publicado con ocasión del Año de la Fe, pero trasciende las circunstancias, y quedará como una aportación provechosa que, sin duda, enriquecerá a sus lectores.

Miguel BRUGAROLAS

**Alexandra DIRIART**, *Ses frontières sont la charité. L'Église Corps du Christ et Lumen Gentium*, col. «Études Charles Journet», Paris: Lethielleux-Groupe DDB, 2011, 623 pp., 17 x 24, ISBN 978-2-249-62139-0.

La autora es docente de teología dogmática en el Instituto Juan Pablo II de la Pont. Univ. Lateranense y del «Angelicum» en Roma. El libro recoge su tesis doctoral, que fue distinguida en el año 2009 con el premio «Henri de Lubac», creado por la Embajada de Francia ante la Santa Sede para galardonar la mejor tesis doctoral en lengua francesa sostenida en alguna de las instituciones universitarias pontificias romanas. Aparece en la colección de estudios dedicados al card. Charles Journet. Lleva un prólogo del card. G. Cottier.

La investigación surge de la constatación de la autora de que la reciente producción eclesiológica muestra un desinterés por la perspectiva propiamente teológica de la Iglesia, debido a una cierta desafección hacia la noción de «Cuerpo de Cristo». Este fenómeno se manifestaría en una insistencia unilateral en el aspecto so-

ciológico de la Iglesia, relegando su condición «mística». Ante ese fenómeno, la autora aboga por lo que denomina una «re-teologización» de la eclesiología, para lo cual la noción de Cuerpo de Cristo puede contribuir decisivamente. La investigación muestra que los padres del Vaticano II no abandonaron la noción de Cuerpo de Cristo, sino más bien la situaron en el marco del «misterio» de la Iglesia, que sólo es accesible a partir de varias imágenes y nociones complementarias.

El libro se divide en tres partes. La primera se dedica a ofrecer un balance sobre la enseñanza de *Lumen Gentium* acerca de la naturaleza de la Iglesia. Analiza las categorías de Pueblo de Dios, sacramento y comunión (capítulo 1) y Cuerpo de Cristo en *Lumen Gentium* (capítulo 2). La segunda parte considera los fundamentos antropológicos de la idea de Iglesia-Cuerpo de Cristo, esto es, las tradiciones filosóficas

sobre la relación alma y cuerpo (Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Descartes), y el modo en que esas reflexiones clásicas inciden en la concepción eclesiológica del Cuerpo de Cristo (capítulo 3). Seguidamente analiza la posición de la Reforma y la respuesta de la eclesiología bellarminiana y su posteridad en la teología católica (capítulo 4). La tercera parte aborda la aportación del card. Journet, quien aplicó con agudeza la relación cuerpo y alma en sus reflexiones sobre el «alma creada» (la caridad) y el «alma increada» (el Espíritu santo) de la Iglesia (capítulo 5); y la coextensividad del «alma» con el «cuerpo» eclesial (capítulo 6). Finalmente, la autora muestra la relevancia de esta reflexión para

abordar la identidad entre Iglesia y Cuerpo de Cristo, la cuestión de la pertenencia a la Iglesia y la salvación, la «presencia de Iglesia» en los no cristianos y en sus agrupaciones religiosas, etc.

Es discutible que la noción de Cuerpo de Cristo, a juicio de la autora, «preceda» teológicamente a la de Pueblo de Dios (p. 45). No estamos seguros de que plantear la relación entre ambas nociones en términos de precedencia sea la perspectiva adecuada. No obstante, la investigación de Diriarri constituye una aportación estimulante, y sustancialmente acertada, para la eclesiología actual.

José Ramón VILLAR

---

**Mauro PIACENZA**, *El sello. Cristo, fuente de la identidad del sacerdote*, Madrid: Palabra, 2011, 154 pp., 13,5 x 21, ISBN 978-84-9840-522-4.

El autor, el cardenal genovés Mauro Piacenza, es Prefecto de la Congregación para el Clero desde el 7 de octubre de 2010. Este breve libro publicado originalmente en italiano en el año 2010, reúne varias intervenciones del cardenal entre los años 2009 y 2010 (un retiro para seminaristas, diversos encuentros con el clero y conferencias en congresos) en torno a la identidad del sacerdote: su vocación y su misión en la Iglesia.

La dimensión esencial que configura la vida del sacerdote –el sello– es el sello sacramental que recibe el día de su ordenación, un sello que abre la vida del nuevo sacerdote a un don recibido de Dios y señala y garantiza su pertenencia a Cristo y su configuración con Él.

El libro recorre, con claridad, optimismo y fidelidad a la Tradición de la Iglesia, algunos elementos esenciales de la vida sacerdotal. Podríamos destacar algunos de los contenidos más interesantes.

¿Cómo se custodia la vocación sacerdotal? Se custodia en el afecto a Jesucristo cultivado en la oración personal; un afecto que impulsa a la radicalidad y totalidad de la entrega. El sacerdote no debe dejar de lado nunca la oración, resulta un «elemento absolutamente indispensable para custodiar la vocación, para conocerla, para alimentarla, sostenerla, preservarla...», en una palabra, ¡para amarla!» (pp. 20-21).

Es interesante la referencia explícita y subrayada por parte del autor sobre la formación humana del sacerdote. Ésta evita el peligro del dualismo (la vida espiritual por un lado y la vida material por otro) e inserta la fe en la propia existencia cotidiana (p. 25). La formación humana del sacerdote se articula inseparablemente con la certeza de la filiación divina: saberse amados por Dios da seguridad y estabilidad a la propia vida sacerdotal (p. 26). En esta misma línea, señala el autor, no se debe descuidar la cordialidad y el trato educado (p. 29).